

RÉGINE PERNOUD
LEONOR DE AQUITANIA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE ISABEL DE RIQUER

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Aliénor d'Aquitaine*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2005 by Éditions Albin Michel, S.A.

© de la ilustración de cubierta,

by The Art Archive / Gianni Dagli Orti

© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:

Quaderns Crema, S. A. U.

Ouvrage publié avec le soutien du Centre National du Livre -
Ministère Français chargé de la culture / Obra publicada con la ayuda
del Centre National du Livre - Ministerio francés de Cultura

Ilustración de la cubierta, Leonor de Aquitania, 1122-1204.
Fresco de los siglos XII-XIII, capilla de Sainte Radegonde, Francia

ISBN: 978-84-92649-10-5

DEPÓSITO LEGAL: B. 27 681-2009

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Árboles genealógicos</i>	7
<i>Prólogo</i>	11
1. En el palacio de l'Ombrière	13
2. En el palacio de la Cité	26
3. La loca reina ...	34
4. ... Y el santo monje	43
5. Hacia Jerusalén...	55
6. ... Por Antioquía	78
7. La agradable estación	89
8. Enrique Plantagenet	100
9. La conquista de un reino	114
10. Reina de Inglaterra	122
11. <i>Fin' amor</i> en el castillo de Tintagel	133
12. Duelo de reyes	143
13. Tomás, el mártir	160
14. La reina de los trovadores	182
15. La reina prisionera	201
16. El cortejo del rey Herla	216
17. El águila se alegrará ...	229
18. ... En su tercer aguilucho	238
19. «Corazón de León»	255
20. La reina madre	270
21. El fin de un reino	296
22. La reina blanca	311
 <i>Nota bibliográfica</i>	 329

EN EL PALACIO DE L'OMBRIÈRE

*Maistre, gran benanansa
 podetz aver si sofretz...
 Gran be vos venra de Fransa
 si atendre lo voletz.*

CERCAMON,
Can vei fenir a tot dia

[Señor, gran bienestar
 podréis tener al soportar...
 Gran bien os vendrá de Francia
 si esperar lo queréis.]

Con el repique de campanas de la catedral de San Andrés de Burdeos, hace su entrada en la historia Leonor de Aquitania. El domingo 25 de julio de 1137 se celebra solemnemente su matrimonio con el heredero del trono de Francia. El ruido que en día de fiesta hace una multitud amontonada en las inmediaciones del edificio llega hasta el coro, donde hay dos tronos en un estrado cubierto de terciopelo. Leonor está sentada en uno de ellos, muy erguida, con su vestido escarlata; lleva la diadema de oro que acaba de colocarle en la cabeza Luis, su futuro esposo. El futuro Luis VII. Éste—un joven algo endeble—tiene el aspecto del adolescente que ha crecido demasiado deprisa. Cuenta dieciséis años. Entre ambos suman unos treinta, pues Leonor tiene alrededor de quince: los cronistas fechan su nacimiento entre 1120 y 1122. Sin embargo, su actitud demuestra que ya es una joven princesa segura de sí misma, segura de su belleza juvenil, cuya fama ya ha podido apreciar, y que no se siente en modo alguno intimidada por ser el centro de todas las miradas: las de los nobles, las de los prelados y las del pueblo. Leonor sabrá responder con soltura a las aclamaciones.

maciones cuando, una vez terminada la ceremonia, aparezca en el pórtico para encabezar, junto con Luis de Francia, el cortejo que ha de conducirles al palacio de l'Ombrière. A lo largo del recorrido por las calles adornadas con colgaduras y guirnaldas, alfombradas de ramas que el sofocante calor ha secado, estallan las frenéticas aclamaciones de sus súbditos, tan dados al entusiasmo, radiantes al ver a una joven duquesa tan graciosa y con tan buen aspecto; mientras, de su esposo murmurarán, aunque con simpatía, la frase que se ha de repetir durante toda su existencia: «Más bien parece un monje».

Gran fecha en la historia la de este matrimonio del heredero de Francia con la heredera de Aquitania. En 1137 hacía justamente ciento cincuenta años que «el duque de los francos», Hugo Capeto, se había asegurado el trono, haciéndose reconocer rey por los barones reunidos en Senlis al morir el último descendiente de Carlomagno. Difíciles comienzos de una dinastía a la que aguarda un porvenir que no hubiera imaginado: durante más de un siglo, tanto sus sucesores como el propio Hugo Capeto no tuvieron más ambición que la de sobrevivir, transmitiendo la corona de padres a hijos. Sin beneficiarse del prestigio imperial, como la dinastía carolingia, han representado en Occidente el papel de enérgicos advenedizos que, contando con la permanencia—la gran fuerza del tiempo—, han logrado mantenerse a la cabeza del reino porque, señores entre los otros señores, han sabido sacar partido del juramento feudal, este lazo personal entre hombre y hombre, que en todo el territorio une entre sí a grandes y pequeños barones en una red de derechos y deberes recíprocos, una amplia malla trenzada hilo a hilo, difícil de discernir para nosotros,

ya que su resultado es tan diferente del Estado centralizado tal como lo conocemos. Coronando en vida a sus hijos, uno tras otro, y consiguiendo de sus vasallos que les rindan homenaje, Hugo Capeto y sus sucesores han creado una dinastía y han hecho olvidar que, en un principio, aquél fue elegido por sus pares, sus iguales.

Si se exceptúa una parte del este sometida al imperio, la orilla izquierda del Ródano y del Saona, la orilla derecha del Mosa y del Escalda ¿qué representa exactamente su poder, en un reino de Francia que ya se dibuja, aproximadamente, con sus actuales límites? El poder moral que les confiere la coronación, un derecho de arbitraje en las rencillas entre vasallos, un deber de policía donde se produzcan pillajes y abusos de poder; no se parece en nada a un poder soberano, cual el de un monarca como Luis XIV o el de un emperador del Sacro Imperio. Gran número de señores—por ejemplo, los duques de Normandía o los condes de Champaña—que se reconocen vasallos del rey de Francia poseen dominios más extensos y ricos que el suyo. El rey no reina al modo que entendemos hoy más que en su dominio personal, donde posee feudos que administra directamente y cuyos recursos percibe. Ahora bien, dicho dominio, en la época del matrimonio aquitano, se reduce a una franja de territorio que se extiende desde el curso del Oise—a la altura de Soissons—hasta Bourges y sus alrededores: la Isla de Francia, el Orleansado y una parte del Berry. Cuando el monarca reinante, Luis VI, pudo asegurar la posesión directa de la fortaleza de Montlhéry, sintió tanta alegría como si le hubiesen «quitado una paja del ojo o roto las puertas de la cárcel donde estuviese encerrado», según su historiador y confidente Suger. Ello nos da idea de la medida de sus pretensiones.

Frente a tan escaso dominio, ¿qué significa el título de

duquesa de Aquitania que lleva Leonor? Los duques de Aquitania son, asimismo, condes de Poitiers y duques de Gascuña. Su autoridad se extiende a diecinueve de nuestros actuales departamentos: del Indre a los Bajos Pirineos. Son vasallos suyos poderosos barones: en Poitou, los vizcondes de Thouars, los señores de Lusignan y de Châtellerault, que son importantes personajes—veremos a un Lusignan llevar la corona de rey de Jerusalén—; y barones de menor entidad, como los de Mauléon y de Parthenay, los de Châteauroux y de Issoudun, en Berry; de Turena y de Ventadour en el Lemosín; y esos señores gascones de nombres sonoros, los d'Astarac, d'Armagnac, de Pardiac o de Fézensac, y muchos otros más, hasta los Pirineos, por no hablar de los condados de la Marche, de Auvernia, de Limoges, de Angulema, del Perigord o del vizcondado de Bearn, feudos extensos y ricos, que componen una verdadera corte para el duque de Aquitania, al que rinden homenaje y le prestan ayuda y consejo. Todo ello significa que con el matrimonio de Leonor el rey de Francia tendrá influencia directa sobre regiones donde su autoridad sólo podía ser teórica.

Aumento de poder político acompañado, como diríamos hoy, de un apreciable progreso en el plano económico. Con dificultad valoramos actualmente, en una época de presupuestos, de salarios en moneda acuñada y de gobiernos fijos, los recursos de un rey feudal. Nos enteramos con sorpresa de que, si bien el rey posee treinta granjas en Marly, un horno de vidriero en Compiègne, granjas en Poissy y molinos en Chérisy, cerca de Dreux, si se le ocurre fijar un impuesto sobre el mercado de Argenteuil o sobre los pescadores del Loiret, en los alrededores de Orleans, los habitantes de Senlis considerarán saldadas sus deudas con él puesto que le han proporcionado, con sus cocinas, cace-

rolas y escudillas, el pan y la sal durante sus estancias en la ciudad. Sus recursos se componen, pues, de una gran cantidad de derechos aquí y allá que nos parecen ahora insignificantes. Hay que deducir que, en una época en la que la mayor parte de las rentas se entrega en especie, en que los frutos de la tierra son la principal fuente de riqueza, los recursos reales habrán de verse incrementados por dicho patrimonio en proporción al dominio de la esposa.

Ahora bien, el dominio aquitano, más extenso que la Isla de Francia, es también más rico. «Opulenta Aquitania—escribe un monje de la época, Hériger de Lobbes—, dulce como el néctar gracias a sus viñedos, sembrada de bosques, rebosante de frutos, provista con sobreabundancia de pastos». Ampliamente abierta al océano, sus puertos son prósperos. Burdeos, desde los tiempos más remotos, y La Rochela, desde hace poco (pues es una obra medieval), exportan vino y sal. Bayona se ha especializado en la pesca de la ballena. Todo un conjunto de riquezas gracias a las cuales, desde hace largo tiempo, los duques de Aquitania—algunos se han llamado «duques de toda la monarquía de los aquitanos»—han pasado a tener un nivel de vida más elevado que el del rey de Francia.

Los comensales reunidos en el palacio de l'Ombrière para el fastuoso banquete que siguió a la ceremonia religiosa en San Andrés de Burdeos eran conscientes de la importancia de los acontecimientos. Unos mil invitados, sin contar la multitud popular que, en los alrededores y en los corrales del castillo, iba a tener aquel día su ración de los enormes trozos de carne y de los toneles de vino repartidos a todo el mundo, como era costumbre en los matrimonios principescos.

Este palacio de l'Ombrière, cuyo nombre evocaba un frescor que calmaba aquel tórrido verano, estaba situado en el ángulo sudeste del gran cuadrilátero que formaban las murallas de la vieja ciudad romana, entre el curso del Peugue y del Devèze, cuyo trazado aún es perceptible hoy, pues Burdeos, en el siglo XII, se extendía dentro del rectángulo comprendido entre la plaza de la Bolsa, la calle de la Vieja Torre, la plaza Rohan y esta plaza del Palacio cuyo nombre procede, precisamente, del de l'Ombrière. Era una poderosa fortaleza que dominaba las orillas del Garona desde las alturas de su torreón, la Arbalesteyre: una gran torre rectangular (de 18 por 14 metros) de gruesos muros, flanqueados por contrafuertes. La actual calle del Palacio de l'Ombrière pasa justamente por el centro de lo que fue el patio del castillo, que todavía existía en el siglo XVIII, así como la sala principal, uno y otra rodeados por una muralla de unos cien metros de largo y reforzada por dos torres, una semicircular y otra hexagonal.

Hay que imaginar la sala y el patio llenos de murmullos de gente apresurada que circula entre las mesas, de pajes y escuderos dedicados a trinchar la carne y a escanciar en las copas de los invitados. Para asistir a esta boda se ha reunido la flor de la nobleza de Aquitania, no sólo los grandes señores como Godofredo de Rancon, señor de Taillebourg, sino también esos pequeños señores que aparecen al azar en los archivos y cuyos nombres se encuentran recorriendo las campiñas: Guillermo d'Arsac, Arnaldo de Blanquefort, o ciertos modestos castellanos de las lejanas fortalezas de Labourd o de Lomagne. El rey de Francia, por su parte, ha querido para su hijo una imponente escolta: alrededor de quinientos caballeros, y no de los menos importantes, ya que entre ellos se encuentran poderosos señores feudales como Teobaldo, conde de Champaña y de Blois;

Guillermo de Nevers, conde de Auxerre y de Tonnerre; Rotrou, conde de Perche; y el senescal del reino, Raúl de Vermandois. Con ellos habían llegado los principales prelados de la Isla de Francia, como Godofredo de Lèves, obispo de Chartres, quien debía recibir en Burdeos—según palabras de un cronista—«al clero de toda Aquitania». Y, sobre todo, la embajada que por valles y caminos había acompañado, bajo el sol de julio, al joven heredero de Francia, llevaba a la cabeza al confidente del rey, al abate Suger en persona, lo que pone de relieve la importancia que tenía, a los ojos de Luis VI, el matrimonio de su hijo con la heredera de Aquitania.

Matrimonio sin duda apresurado, al contrario de las alianzas de la época, que con frecuencia se traman cuando los interesados aún están en la cuna. En efecto, tres meses antes, a finales de abril de 1137, se habían presentado unos mensajeros en el castillo real de Béthisy, entonces residencia del rey de Francia. Venían a comunicarle la muerte de su señor, Guillermo, duque de Aquitania. Fue una muerte inesperada: Guillermo tenía treinta y ocho años y parecía en pleno vigor al dejar, poco antes, sus posesiones para ir en peregrinación a Santiago de Compostela; pero no había podido llegar al santuario donde anhelaba pasar la fiesta de Pascua. El Viernes Santo, 9 de abril, una enfermedad que no especifican los cronistas, que le había postrado, acabó con aquel gigante de legendaria fuerza física y apetito descomunal, a quien se consideraba capaz de comerse de una sentada la ración de ocho personas.

Antes de morir, su gran preocupación había sido su hija mayor, Leonor. Siete años antes había perdido a su único hijo, Aigret. Leonor era la única heredera del vasto y difícil dominio aquitano, con temibles vecinos como los condes de Anjou, que esperaban la ocasión de ampliar en su pro-

pio provecho la frontera común, y con sus turbulentos vasallos, entre otros los pequeños señores gascones, insumisos y, por tradición, ávidos de independencia.

Cumpliendo sus últimas voluntades, algunos de sus compañeros de peregrinación, volviendo atrás, habían llegado a la Isla de Francia. Mientras tanto, la muerte del duque había permanecido en secreto: había que evitar todo intento de revuelta o emancipación. Cumplieron con las costumbres feudales al ir a informar al rey de Francia, a quien correspondía proteger a su vasalla y casarla si era viuda o soltera. Pero además tenían que transmitirle la oferta del duque de Aquitania, quien, en el momento de su muerte, deseó que su hija se casara con el heredero de Francia.

El rey Luis VI, que se había pasado la vida sometiendo a los señores poco poderosos que eran ladrones o indignos, y que había derrochado tesoros de energía en asegurarse la pacífica posesión de miserables pedazos de tierra, era capaz de apreciar mejor que nadie la importancia de una oferta que extendía, más allá de todas sus esperanzas, la influencia real y hacía entrar en la órbita de la Casa de Francia uno de los más bellos dominios del reino. Estaba en ese momento enfermo, gravemente enfermo, de lo que se llamaba entonces «flujo del vientre», es decir, disentería. Dos años antes la misma dolencia había postrado en el lecho al infatigable luchador. Se había recuperado entonces, pero esta vez su estado era visiblemente grave, tan grave que hizo llamar a su lado al abad de San Denis, Suger, su confidente habitual. Éste, al recibir el mensaje de los señores aquitanos, convocó en el acto a los consejeros reales, según era costumbre. Su parecer fue unánime: había que aceptar la oferta y responder sin tardanza, sin descuidar nada que halagase el orgullo aquitano y honrara a la joven duquesa.

Al momento Suger organizó los preparativos para la

marcha. Aquel monjecillo enérgico, hijo de siervos, que se había convertido en consejero del rey de Francia y ante cuya actividad no había nadie que no quedase estupefacto, era un hombre que pensaba en todo. Unos quinientos caballeros—la embajada más importante y la primera enviada hacia las regiones de Aquitania desde la ascensión al trono de la dinastía capeta—implicaba prever muchos relevos y carruajes y bestias de carga y todos los pertrechos con los vivaques con las tiendas de campaña y las cocinas portátiles. Nos gustaría saber los detalles de esta expedición, conocer, por ejemplo, los regalos llevados a la joven novia y a sus allegados. Una crónica contemporánea, la Crónica de Morigny, declara con énfasis que serían precisas «la oratoria de Cicerón y la memoria de Séneca para describir la riqueza y variedad de los presentes y el fasto desplegado para estas bodas», lo que nos deja *in albis*. El mismo Suger, relatando la vida de Luis VI, se contenta con mencionar «abundantes riquezas»... Es mucho más prolijo cuando detalla las donaciones hechas por el rey a la abadía de San Denis en su testamento dictado en la misma época: una preciosa Biblia con la encuadernación enriquecida con oro y pedrería; un incensario de oro de cuarenta onzas; candelabros de oro que pesaban ciento sesenta onzas; un cáliz de oro enriquecido con piedras preciosas; diez capas pluviales de seda y un magnífico jacinto, heredado de su abuela, Ana, hija del duque de Kiev, y que deseaba hacer engastar en la corona de espinas del gran Cristo de San Denis.

En cualquier caso, estos preparativos se iban a llevar a cabo con presteza, y el 17 de junio, víspera de la partida, Suger hizo llamar a Hervé, su prior, quien había de encargarse de la basílica, y le mostró, a la derecha del altar, el lugar donde se excavaría la tumba del rey en el caso de producirse el acontecimiento en su ausencia. Suger pensaba en todo.